

CATEQUESIS 3

EL EVANGELIO DE LA BUENA NOTICIA



Comenzaremos siempre recordando de forma breve la catequesis anterior y respondiendo a las preguntas que han traído como tarea.

Advertencia: la propuesta de catequesis que sigue a continuación es muy densa. Necesita de un buen repaso antes y anotaciones aclaratorias o explicativas muy de vez en cuando.

EL EVANGELIO DE LA BUENA NOTICIA

Todos alguna vez hemos participado de un sacramental especialmente durante la semana santa; en ella acompañamos a Cristo en su pasión, muerte y resurrección. Los hemos visto en la última catequesis que repasaba el evangelio de Mateo. Pero estos hechos que llamamos semana santa son la conclusión de la propia vida de Jesús, consecuencia fatal de la vida pública, de sus discursos y los hechos que sostenían sus palabras: liberación, renovación, perdón,... términos que chocan con la Ley mosaica y los usos ordinarios del fariseísmo. Los judíos se sienten amenazados por las enseñanzas de Jesús que contradicen con perdón y misericordia la cerrazón del cumplimiento como norma: descanso sabático, pureza de costumbres, perdón de los pecados [dar otra oportunidad]. No se trataba de cuestionar porque sí las normas por las que se regían, sino de poner en una mano la Ley y en otra la Nueva Ley [“pero yo os digo”] y optar libremente; no hace falta inventar nada, Jesús les está dando alternativas a su situación “opresiva” ante la imposibilidad de cumplir una ley que los tiene condenados.

Démonos cuenta además de que Jesús pone en práctica su anuncio del Reino entre la gente sencilla y los problemas sobre su cualificación y el contenido de sus palabras y gestos es fiscalizado por hombres de letras, líderes religiosos. La mejor imagen es el juicio ante Pilatos en el pretorio: los líderes manipulan al populacho.

Con respecto al mensaje, la buena noticia no es la de la resurrección sino la de la presencia del Mesías entre nosotros, que implica la opción de Dios por el hombre, el deseo de que éste escuche su mensaje definitivo, lo que denominamos “revelación”. Desde aquí, el *corazón* del Evangelio lo constituyen **las bienaventuranzas** [Mt 5, 1-12].

En cualquiera de sus versiones – Mt 5, Lc 6, 20 ó Mc 9,50 – las bienaventuranzas o sermón del monte son ese latido del corazón de la Iglesia donde multitud de testigos han vivido a contracorriente porque han sido valientes y han penetrado poco a poco en las claves que Jesús da como programa de vida a los que lo escuchan y quieren vivir como Él; las bienaventuranzas son la plenitud de la fe sencilla que, como a contraluz, expresa la alegría del seguimiento poniendo de manifiesto que son los sencillos el lugar de la predilección de Dios: *escogió Dios lo necio del mundo, dice San Pablo, para humillar a los sabios y lo que el mundo considera débil para humillar a los fuertes...* [1Cor 1, 27 s.]. Cuántos que consideramos alejados sin embargo viven más profundamente su fe sencilla, con convicciones simples pero profundas, arraigados en lo fundamental y sin los escrúpulos del que todo lo mide y lo calcula; esa “buena gente” que tiene la certeza de que hay un Dios que los escucha y cuida allá en el cielo y que se sienten agradecidos de poder invocarlo como Padre.



Toda esa buena gente es a la que servimos en las Fuerzas Armadas

Toda esa buena gente son los sencillos de corazón: “y allí donde esté tu tesoro, estará tu corazón” [Mt 6, 19]

Toda esa buena gente es la que en muchas ocasiones son conscientes de una convicción profunda: que no son nada sin Dios: “¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna” [Hch 9, 31]

Toda esa buena gente vive una vida íntegra, son verdaderos soldados de Jesucristo

Toda esa buena gente sabe abrirse a los demás y ser limpio y generoso de corazón.

En los hechos de los Apóstoles, vemos que el tiempo de la Iglesia comienza con la resurrección de Cristo; ahí empieza una realidad “totalmente otra” que inicia una rápida extensión por expreso deseo y mandato del Señor en su envío de los discípulos a anunciar la Buena Noticia a todos los pueblos; anuncio que se acepta en el sacramento del bautismo y cuya identidad no va a ser una raza, ni un templo, ni un signo externo como la circuncisión, sino un modo de vida, posible para todos sin necesidad de asimilarlo a un espacio. Se puede ser cristiano en todo lugar, en toda clase social [incluso la esclavitud] sin más condición que la de profesar el **credo**. Así, la forma de celebrar, la oración, la nueva forma de ver a las personas y la vida van creando un modo de comportamiento que no tiene por qué enfrentarse con las normas sociales pero que tampoco tiene que plegarse a ellas.

ORACIÓN FINAL

Señor Jesús,
cuando estoy agotado
pienso en ti llevando la cruz;
cuando me enfado
pienso en ti callado ante Pilatos;
cuando me vuelvo egoísta,
pienso en ti multiplicando el pan;
cuando tengo miedo,
pienso en ti conmigo en la barca;
cuando me siento débil,
pienso en Pedro caminando sobre el mar;
cuando me siento culpable,
pienso en el perdón de la mujer pecadora;
cuando me siento solo
pienso en ti clavado en la cruz.
Ayúdame tú, que comprendes mi vida,
para que siempre me levante y camine tras de ti.
Amén.

